

"andar" como muestra de un morfema que puede manifestarse bajo la forma de diversos alomorfos (p. 237), y, si no me traiciona la memoria, *Mimesis* de E. Auerbach fue publicado al español por el Fondo de Cultura Económica (p. 303); 2) que los ejemplos que no tenían un equivalente directo no hayan sido acompañados siempre por una nota explicativa: sólo un lector que sepa francés podrá ver que hay un fenómeno de alternancia en el plural *chevaux* de *cheval* si no se presenta más que el primer término de la oposición (p. 32); además, es necesario saber que *Bérénice* es una tragedia y *Les plaideurs* una comedia (ambas de Racine) para sentir que las dos frases: "El autor de *Bérénice* no desdeñaba la comedia" y "El autor de *Les plaideurs* no desdeñaba la comedia" no poseen el mismo valor argumentativo (p. 330); 3) que las referencias bibliográficas de las traducciones de las obras citadas hayan, pura y simplemente, sustituido las referencias originales, en vista de que no era difícil conservar éstas al mismo tiempo que se mencionaba a las otras, lo que, por otro lado, hace casi siempre el texto francés.

En cuanto al trabajo de edición propiamente dicho, éste está muy lejos de ser perfecto. Le evitaremos al lector la lista de errores tipográficos de toda clase, particularmente frecuente en las palabras extranjeras, desparramados por todo el libro: aunque molestan, no dificultan la comprensión. Pero hay algo más grave: ciertas sustituciones (por ejemplo, "especial" por *espacial* (p. 74), "lingüística" por *sociología* (p. 81), "m/ñ" por *n/ñ* (p. 136), "reglas" por *lenguas* (p. 161), "s" por *ś* (p. 204) o "duda" por *nudo*, p. 270) llegan a alterar el razonamiento, y lamentar estos errores no es precisamente una muestra de purismo. Afortunadamente estas sustituciones no son muy numerosas. Admiramos finalmente el valor y la perseverancia que fueron necesarios para lograr un resultado tan honorable en la situación por la que atraviesa Argentina.

Así pues, tal y como está, el *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje* da una idea fiel y precisa de la lingüística europea y de las ciencias conexas en su tradición un poco contradictoria y en su actualidad.

MARC PLENAT

Université de Toulouse-Le Mirail.

ROBERTO A. GALVÁN y RICHARD V. TESCHNER, *El diccionario del español de Tejas (Spanish-English)*. Institute of Modern Languages, Maryland, 1975; vii + 102 pp.

Siempre hay que comenzar afirmando, para casos como el presente, que todo registro lexicográfico es útil por la cantidad y variedad de datos —aunque a veces pequeños y cuestionables— que aporta para el conocimiento del léxico de una lengua histórica. En este caso particular, *El diccionario del español de Tejas* constituye, además, un trabajo

único, dedicado a la presentación del vocabulario usado en una región todavía poco conocida desde el punto de vista lingüístico.

Para poder fijar los puntos de que trata mi reseña, recorrí por lo menos una página del diccionario por cada letra del abecedario, con objeto de recibir una impresión, aunque aleatoria, adecuada de las características del libro.

Lo primero que llama la atención es la manera como esta obra refleja la vitalidad del español ordinario usado por los tejanos (mexicano-norteamericanos, se entiende). Uno descubre inmediatamente la existencia de lazos más que estrechos de esta modalidad del español con el español estándar de la República Mexicana y con el de sus regiones norteañas. Hay voces y locuciones de enorme actualidad en las calles de la ciudad de México, que han sido recogidas por el vocabulario tejano: *a patín* o *a píncl* 'a pie', *clavel* 'robo', *empebotado*, *encañado* 'enamorado apasionadamente', *onda*, *estar en la onda*, *en onda* 'ir de acuerdo con la moda', *valer madre* 'valer poca cosa'. Sentidos muy comunes de los vocablos en todo México: *abril* 'años', *andar bruja* 'estar pobre'; *bruto* 'estúpido' (pero en ciertos contextos, 'inteligente'); *chincuales* 'tipo de erupción cutánea' (que yo no conocía) y 'nerviosismo', sentido muy usual en México (*andar con el chincual*, decimos acá, de quien está nervioso o excitado por algún hecho o por algún tema de conversación); *tanque* 'persona gorda' y 'cárcel'; palabras de uso común en el norte de la república: *buca* 'niña', posiblemente la misma que *buqui* 'niño' en Sonora; *guachar* 'mirar'. Finalmente, el vocabulario del hampa parece muy similar: *jando* 'dinero' (en México *jando* significa, al parecer, 'mucho' en la locución *jando baril* 'mucho dinero'), *licar* 'vigilar', *taris* 'cárcel', *apañar aire* 'escapar'.

Naturalmente, registran préstamos del inglés tanto en el significante como en el significado; a los primeros los llaman "palabra prestada del inglés al español" y a los segundos "anglicismo" ("palabra o frase de origen castellano pero que se alteró luego por influencia del inglés"): *breca* 'período', *broda* 'hermano', *cinc* 'fregadero', *clapiar* 'aplaudir', *cleimar* 'reclamar', *el hombre de la hora* 'persona en el centro de la atención pública', *inspektor*, *instruitor*, *waxear* o *waxiar* 'encerar', *yonque* 'deshuesadero' de automóviles en México. Hay algunas voces con significado interesante: *izquierdista* 'izquierdo, zurdo', y *maderista* 'presuntuoso, adulator'.

Por último, registran una enorme cantidad de variantes de pronunciación o de escritura: *Abrelio* (Aurelio), *abricias* (albricias), *buclito* (abuelito), *clab*, *clob* (club), *debelidad*, *decedir*, *desaigrar*, *ejir* (decir?), *embono* (abono), *ideoma*, *iluminio*, *incenso* (se interrogan si será préstamo), *indección* (inyección), *ler*, *leyer* (leer), *macánico* (mecánico), *tadre* (tarde), *vedera* (vereda). Entre estas variantes las hay de muy distintas cualidades: muchas corresponden a lo que la Academia llama español rústico: *Abrelio*, *desaigrar*, *leyer*, *ler*, *ideoma*, *decedir*, etc., pero respecto de otras, uno se pregunta si no se trata de realizaciones únicas e individuales, sin ninguna representatividad del "español de Tejas",

como, por ejemplo, *abricias*, *embono*, *iluminio*, *indección*, *macánico*, *ta-dre* o *vedera*.

Algo característico de esta obra es el registro, sin ninguna información para los lectores, de diversas variantes estilísticas de una misma forma: *a patín*, *a pespunte* y *a pincel* son, en México, variantes muy aleatorias de *a pie*; *clavel*, *clavelito*, *clavete*, *clavetin* de *clavar(se)* 'robar'; *fodongo*, *forcito*, *fortingo* o *fortigo* de 'Ford', la marca de automóviles; *oralia* de *órale*, etc., etc.

Son estas características las que me impulsan a analizar, ya no la utilidad documental de la obra, sino los criterios de presentación y estudio que siguieron Galván y Teschner.

El diccionario está concebido según la división tradicional entre diccionario general y diccionario de regionalismos. De acuerdo con ella, los autores solamente registran vocablos que no aparecen en los diccionarios generales del español o en "diccionarios autoritativos" del español mexicano, como el de Santamaría. Cuando encuentran acepciones de algún vocablo particular no registradas en esos diccionarios, también las incluyen en su libro. Su obra es, en sus propias palabras, "suplemental".

La macroestructura del diccionario es la más sencilla posible: han considerado cada vocablo o cada variante como entrada autónoma. Por eso se encuentran separadas *clavel*, *clavelito*, *clavete*, etc., sin ninguna indicación sobre sus relaciones. No obstante, distintas acepciones de la misma palabra sí entran bajo la misma cabeza. Hay que suponer, por lo tanto, que con una macroestructura más elaborada y mejor construida, las casi 7 000 entradas que dicen haber reunido se reducirían considerablemente.

Hay tres tipos de marcas: uno para niveles de lengua (coloquial, familiar, estándar/normativo y del hampa); otro para "estilos" sintomáticos o apelativos (eufemismo, humorístico, irónico, peyorativo, rústico y vulgar), y otro para la distinción entre préstamo y anglicismo. "Nos fue posible señalar el nivel social de nuestro léxico, dicen, gracias a los conocimientos del profesor Galván respecto de todas las esferas sociales (media y baja) del hispanohablante que reside en las ciudades". Igualmente fueron los conocimientos del prof. Galván los que permitieron "fijar el grado de aceptación que el pueblo tejano hispanohablante concede a sus vocablos". No hay explicación en el prólogo para las marcas de anglicismo y préstamo. Señalan, eso sí, sus razones para haber fragmentado las variantes fonéticas o de escritura en entradas distintas, aunque éstas no cubren el problema principal de las relaciones necesarias entre variantes de estilo mencionado arriba.

Incluyen un extraño cuadro de la conjugación de verbos en *-ear*, *iar*, para tratar el aspecto de la diptongación en voces como *desear* > *desiar* o la ultracorrección concomitante *copiar* > *copear*. Digo extraño, porque el fenómeno es muy conocido en la historia del español y no haría falta tratarlo de manera tan simple en ningún diccionario. Si de lo que se trata es de ayudar a los hablantes tejanos a "corregir" sus con-

jugaciones, es extraño que no se haya elaborado una "gramática de faltas" más completa. En otro apéndice reúnen los autores una pequeña colección de proverbios, a los que menos aún se considera como exclusivamente tejanos.

La definición lexicográfica se ha hecho en inglés, por lo que *El diccionario del español de Tejas* da la impresión de ser bilingüe; aunque lo es de forma unilateral: es más una especie de glosario destinado a los anglohablantes, para comprender el español de los hispanohablantes. ¿A quién se dirige esta obra?

La estructura de la definición tampoco se ha metido en mayores dificultades de método. Se logra con traducción sinonímica, con descripciones del significado y a veces con ejemplos en español. Cabe hacer notar el horror que sienten los autores para definir, por ejemplo, *¡hijo de la chingada madre!*, cuyo significado inglés es: 'interj. (strongest and most vulg. interj. possible) 'XXXXXXXXX' ". ¡Esto es una obra de arte en la definición lexicográfica moderna!

De esta especial mezcla de datos vivos, criterios tradicionales respecto al valor de los diccionarios de regionalismos, métodos caprichosos de tratamiento de las entradas y las definiciones, y bilingüismo unilateral, cabe preguntarse en qué medida este glosario justifica su nombre: *El diccionario del español de Tejas*. Por sus objetivos, ningún diccionario de regionalismos puede pretender cubrir toda una lengua, puesto que se dirige hacia el acopio de voces regionales y particulares. Seguramente los tejanos utilizan más español general que los regionalismos que aquí leemos. La visión del español tejanos que aquí se nos presenta está deformada por principio. Por otra parte, me pregunto qué valor puede tener esta obra para la comunidad tejana hispanohablante, ya que implica conocer mejor el inglés y destinar el español a ser segunda lengua, lengua de partida, pero no lengua que sostenga su cultura. Creo que habrá que esperar a que un verdadero diccionario de la lengua española usada por los tejanos venga a reconocer la legitimidad de un idioma que, no por estar del otro lado de la frontera, ha de subordinarse al inglés.

LUIS FERNANDO LARA

El Colegio de México.

MAXIME CHEVALIER, *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*. Gredos, Madrid, 1975; 424 pp. (BRH, Textos, 9).

Con una imagen apropiada, se observa en este libro que "la fachada del imponente edificio de la tradicionalidad, por lo que es de la literatura del Siglo de Oro, descansa sobre tres columnas: el romancero, el refranero, los cuentecillos" (p. 34). De la menos explorada de las tres columnas, la tercera, se viene ocupando el autor desde hace algún tiempo con una serie de artículos que ilustran vicisitudes de transmisión e